

## Ciudadanía en crisis

José Luis Egío\*

Universidad de Murcia

A finales del mes de abril de 2010 la ciudad de Murcia recibe a los y las participantes en el XLVII Congreso de Filosofía Joven. Una de las mesas, que tengo el honor de presentar, se enfrenta a la pregunta de si la ciudadanía, o más concretamente, los valores y competencias cívicas de las personas que habitan los pueblos, ciudades y Estados están también en crisis y se enfrentan al peligroso abismo al que parece abocada nuestra economía.

¿En qué medida afectará esa crisis al civismo, al ejercicio de nuestras libertades y a la defensa de nuestros derechos? ¿Nos enfrentamos a un horizonte marcado por las consignas todo vale y al *homo homini lupus* hobbesiano? ¿O acaso servirá este derrumbamiento, esta aniquilación de prácticas y costumbres viejas para que nuevos movimientos ciudadanos sean capaces de *alumbrar* nuevos modelos productivos y de toma de decisiones compartidas en la esfera pública?

Son tantas las preguntas como los desafíos de un tiempo marcado por la incertidumbre. En todo caso, a juzgar tan sólo por la calidad y la variedad de las propuestas presentadas a esta mesa, el *mundo filosófico* baraja interesantes opciones de futuro.

El marxismo y el pensamiento socialista no marxista, al que están dedicadas varias de las ponencias de esta mesa, sigue innovando y perfeccionando el rico patrimonio revolucionario que recibimos en herencia y lo transforma en una multitud de fórmulas con las que transformar la democracia revigorizándola. Siguiendo el influjo creciente de los Mouffe o Laclau el carácter democrático de nuestras instituciones políticas debería ganar en realidad y abandonar, de una vez por todas, el mero formalismo.

Entender los nuevos medios de comunicación como instrumentos de *monitorización* o supervisión de la acción de instituciones, partidos y todo tipo de representantes, desarrollar modelos aplicables en la práctica que nos permitan avanzar hacia una democracia más deliberativa y directa o hacer que los modelos democráticos

---

\*José Luis Egío. Coordinador de la Mesa *Ciudadanía en crisis* y miembro del Comité Científico y Organizador del XLVII Congreso de Filosofía Joven. Becario de Investigación en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Murcia, 3.60, 30100, Campus de Espinardo, Murcia. [joseluisegio@hotmail.fr](mailto:joseluisegio@hotmail.fr)

dejen de navegar en las abstracciones dieciochistas del Individuo, la Nación o la Soberanía con mayúsculas, son algunas de las opciones que se barajan en esta mesa repleta de jóvenes jugadores y jugadoras.

Como bien sintetiza María Luciana Cadahia, una de las participantes en el Congreso de Filosofía Joven, se trata en definitiva y “en primer lugar” de rechazar la posibilidad de que exista “un modelo originario de democracia a partir del cual pensar la organización de lo social”, tal como han sostenido todos los grandes Definidores (de Hayek a Sartori) y, por ende, valedores, de una democracia exclusivamente representativa, marcadamente partidista y tendencialmente plutocrática.

Como no podía ser menos, la discusión acerca de la nación, del Estado y la hipótesis de su superación o anquilosamiento por la suma de fenómenos a la que se hace referencia con el concepto de globalización, constituye otro de los ejes fundamentales de las discusiones del Congreso que se celebra en Murcia.

Las posiciones sobre estos temas se caracterizan una vez más por su heterogeneidad, mientras que para unos “el cosmopolitismo es el único estado en que es posible contrarrestar los efectos de la globalización hegemónica y sus condiciones, las herramientas que permitirán su desarticulación” (Miguel Mandujano siguiendo el análisis de Boaventura de Sousa Santos), para otros, el mismo concepto de globalización debe ser sometido al estudio y la crítica paciente de una filosofía de la sospecha antes de profundizar en una propuesta normativa cosmopolita.

En efecto, tras dos décadas de asunción acrítica del concepto de globalización, el relativo éxito de algunas resistencias regionales y estatales al que hasta hace poco aún se pintaba como imparable *tsunami* globalizador pone de manifiesto que la propia noción de globalización sirve regularmente de coartada a los Estados para, alegando una supuesta impotencia e incapacidad para ejercer su soberanía, dejar simplemente campo libre a los planes y acciones de las grandes multinacionales.

La entrada en el mercado de alimentos genéticamente modificados, las medidas estructurales que implican el despido de miles de personas y la reducción de los salarios o la necesidad de instalar nuevas centrales nucleares. Ante las resistencias nacionales o locales, todo encuentra su justificación en la globalización mundial. La Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario, la Unión Europea, Kyoto,... son los ilocalizables responsables de las acciones de políticos y políticas soberanamente elegidos pero que se autodeclaran incapacitados para hacer valer los programas,

principios o discursos, marcados por el patriotismo y el amor al *terruño* que defendieron en campañas electorales con un eco también global.

Todas estas dudas son las que subyacen al proyecto de constitución de una “sociedad política global con instituciones internacionales jurídicamente vinculantes” por la que apuestan Fernández Manzano y otros participantes en la *Mesa Ciudadanía en Crisis*.

Con independencia de que sean loables los esfuerzos cosmopolitas por asegurar, por ejemplo, con las nuevas competencias atribuidas a la Corte Internacional de Justicia, que las fronteras nacionales no sirvan para que los responsables de genocidios o crímenes contra la humanidad encuentren refugio y reposo, es indudable que el ambicioso discurso filosófico sobre la globalización y el cosmopolitismo es *maquiavélicamente* retorcido y fagocitado por los poderes hegemónicos.

Rara vez se juzga a los *Presidents, Premiers y Kanzlers* de Estados de primera división, los que tienen las mejores butacas en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas o son accionistas mayoritarios del Banco Mundial, por lo que los instrumentos de justicia cosmopolitas no dan la impresión, por ahora, de ser más que nuevos instrumentos de opresión de los Estados de primera división hacia los pueblos de segunda división y sus líderes.

Pese al alegado carácter vetusto de las fronteras, muchas de ellas siguen siendo impermeables a los esfuerzos del fisco porque la riqueza que se ha generado en un país revierta en ese mismo país, de ahí que, como en muchas épocas del pasado, las fronteras se abren al dinero, a los que lo portan o a los nuevos esclavos del mercado de trabajo y se cierran a todos los demás. No quisiera en este punto, dejar de resaltar la originalidad del trabajo de Álvaro Briales acerca de la figura del cooperante internacional, nuevo actor cosmopolita cuya movilidad y estatus, descritos por este joven sociólogo, ponen en entredicho muchos de los tópicos habituales en el discurso de la ciudadanía global.

Evidentemente, pese al carácter contemporáneo de la mayoría de las investigaciones presentadas en la *Mesa Ciudadanía en Crisis*, los clásicos se abren también paso. Son muchas las ponencias que rastrean el influjo de los Locke (Karen Saavedra) o Kant (Alba Jiménez y Roberto Navarrete) en los sistemas político-económicos y marcos de pensamiento en los que se desenvuelven las acciones de las personas de hoy en día. También entran a colación, en esta misma línea, las grandes figuras de nuestra filosofía como José Gaos (Antonio José Moreiras) o Agustín García Calvo (María del Consuelo Ahijado) y, ciertamente, los principales referentes

filosóficos del escaparate internacional, de Butler (Nuria Escudero) a Koselleck (Lourdes Reyes). Quienes dedican una atención particular a alguno de estos autores encontrarán la motivación añadida de poder confrontarse directamente con intérpretes competentes de sus razonamientos, jóvenes investigadores que, en la actualidad, desarrollan tesis sobre los citados autores o sobre las principales problemáticas que abordan en sus escritos.

Son muchos pues los atractivos de la reunión de textos que tienen entre sus manos. Tantos como las potencialidades para la reflexión filosófica de sus jóvenes autores y autoras. La generación responsable de estos escritos se diferencia, seguramente, de las anteriores, en que no es la generación de un solo autor y sus críticos, ni la generación de una sola escuela de pensamiento y sus grupos de trabajo acólitos.

Los nostálgicos de épocas anteriores, en las que los cambios de paradigma en la investigación filosófica se sucedían en el intervalo de siglos, generaciones o décadas, hablarán de esta situación en los términos de una disolución postmoderna, de un relativismo en la idea de lo clásico paralelo a la consideración relativa de todos los valores, de un triunfo de la moda frente a la constancia del ser o de la sumisión de la filosofía a la lógica productiva del mercado.

Dándole a estos nostálgicos la parte de razón que merecen, lo cierto es que no podemos sino mirar con una cierta compasión hacia un pasado no tan lejano en el que el profesor era, generalmente, *el experto en*, experto en Heidegger, experto en Aristóteles, experto en existencialismo, en marxismo, en confucianismo,... La rápida sucesión de autores, volúmenes, artículos, conferencias, encuentros,... que caracteriza la vida académica actual parece atentar contra la posibilidad de que nuevas figuras puedan llenar el lugar que ocuparon en su día los grandes pensadores de la historia de la filosofía europea y patriarcal. El monopolio de la academia por los discípulos de los grandes maestros parece, por ello, estar también entonando también el canto del cisne.

Demos por todo ello la bienvenida a los y las participantes en el XLVII Congreso de Filosofía Joven que se celebra en Murcia y depositemos nuestras esperanzas en una generación de luchadores contra la crisis social y de la filosofía, en unos jóvenes autores y autores que se enfrentan a un mundo problemático y agónico recibido en herencia.

Esperemos que sin olvidar los grandes paradigmas de la historia de la filosofía, podamos frente a las escuelas monopolísticas y las definiciones únicas de la

democracia, el mercado, la sociedad o la misma filosofía, seguir bebiendo de una pluralidad de referentes y constelaciones filosóficas y que, gracias a ello, mediante la continua revisión de las teorías en boga y el esfuerzo constante por trabajar en la crítica de la crítica, el pensamiento filosófico contemporáneo alcance la madurez que la sociedad espera de él. Podremos entonces aportar, en estos tiempos de oscuridad, no ya directrices ni soluciones mágicas, sino humildes referencias y sugerencias capaces de abrir espacios habitables al pensamiento y frustrar la deriva agresiva de los agentes económicos que ocultan su acción voraz en los resquicios de una complejidad creciente y en infinitas coartadas internacionales.